

ESPECIAL VERANO 2007

Disfrute de estos cuentos, relatos, crónicas,
insolaciones y toda clase de manifestaciones de
creatividad a pleno sol...



PUERTO DE ESCAPE

Mundo Omega

Por Aldo Barreto

“La mente, los metales y demás elementos, pueden ser transmutados de estado en estado, de grado en grado, de condición en condición, de vibración en vibración”. Hermes Trismegisto. El Kybalion.

Los homo sapiens, descendientes del simio, se extinguieron hace miles de siglos, debido a su incapacidad de adaptarse a las condiciones ambientales de un planeta que ellos mismos destruyeron. Desde entonces, nosotros los homo robotis, herederos del robot, hemos continuado el camino de la especie humana. Demoramos muchos años en revertir el daño que los homo sapiens le habían hecho a la naturaleza. Generamos una nueva atmósfera, rellenamos los mares y repoblamos la superficie de especies vegetales y animales, clonadas con los vestigios de ADN que logramos rescatar.

Ahora, después de milenios de predominio pacífico de los homo robotis sobre la faz de la Tierra, me encuentro en el umbral de un nuevo salto evolutivo de nuestra especie. Sólo yo he sido testigo de cómo llegué a este punto, por eso he decidido dejar algún rastro, de manera que otros puedan seguirme. Cuando encuentren este cuerpo material podrán examinar todas mis memorias, incluso mi conciencia. Creerán que soy un humano normal, pero mi yo se habrá separado en dos: uno se quedará aquí con ustedes, mientras que el otro seguirá su camino evolutivo.

La historia de cómo llegué a esta situación se remonta a varios años atrás, cuando asistí a aquella conferencia del profesor Muñoz:

-Los homo robotis no estamos aprovechando todo el potencial que nos da la tecnología -dijo Muñoz en aquella conferencia-. Por ejemplo, a pesar de que tenemos cerebros con un diseño infinitamente superior al de nuestros antecesores homo sapiens, hoy seguimos utilizando el mismo rango de frecuencias vibratorias para ver y oír que ellos.

Entonces desplegó ante la audiencia una imagen holográfica del espectro electromagnético de frecuencias.

-La visión de la mayoría de nosotros capta sólo este rango, que se encuentra entre el infrarrojo y el ultravioleta. Como ven, es pequeñísimo en comparación con el rango de frecuencias posibles, que es infinito... ¿Sí? ¿Tiene alguna pregunta?

-¿Qué nos puede decir de los robots que sí captan otras frecuencias?

-Se trata de robots obreros mecánicos, que se utilizan para funciones productivas específicas, pero en general nosotros, los homo robotis orgánicos, no usamos estos rangos de frecuencia en el diario vivir.

-¿Y para qué querríamos hacerlo?

-Bueno, hay muchas especies animales que escuchan sonidos en frecuencias que son imperceptibles para el hombre: los murciélagos, los delfines y los perros, por citar a algunos. Y no sólo se trata de frecuencias audibles. La radiación UV, por ejemplo, es vista por las aves y algunos insectos. Estos animales perciben una realidad que para nosotros simplemente no existe. El punto es que la humanidad robótica ha estado muy concentrada en producir eficientemente, pero se está perdiendo de todo un mundo desconocido, que tal vez valga la pena explorar.

-Profesor –intervine-, ¿se puede conseguir en el mercado la tecnología que permita que un homo robotis común perciba esas frecuencias?

-Pues no. Un acceso libre a esa tecnología sería tremendamente peligroso. Está reservada sólo para proyectos de investigación.

No quedé conforme con esa respuesta y decidí interrogar al profesor en privado. No por nada había viajado desde tan lejos a esta conferencia.

Después de insistir por largo rato, logré sacarle algo de información: un sitio en la red de acceso muy restringido, donde podría averiguar más del tema.

Me pasé investigando bastante tiempo, hasta que un buen día decidí dejar la teoría y pasar a la práctica: había conseguido un programa en un sitio virtual ilegal. El conejillo de indias sería yo mism@. “Esta tecnología debe ser manipulada con mucho cuidado”, me había advertido el profesor.

La experiencia resultó aún más peligrosa de lo que pensé; si hubiera tenido conciencia de lo que estaba haciendo, tal vez nunca hubiera osado arriesgarme a probar conmigo mism@.

Aquel día, enchufé un extremo de un cable al terminal que salía de mi brazo, y el otro extremo a mi computador; se desplegó el panel de controles que permitía regular mis funciones. Configuré el dispositivo de recepción de información externa; moví cada uno de los controladores de percepción sensorial hacia la derecha, desde percepción media, en la que estaban, hasta el máximo permitido. De pronto sentí como si mi neoadrenalina se disparara. Los colores se intensificaron; mis manos captaron rugosidades que nunca antes había advertido en esa mesa; escuché las lejanas gotas de agua que caían de una llave mal cerrada; sentí el olor de mi piel, de las flores que estaban en la mesa, de la basura acumulada. Pronto comencé a sentirme sobrepasad@ por el bombardeo de estímulos que no lograba asimilar; era mucha información para concentrarme en mis pensamientos. Cansad@ de no poder pensar con claridad, regresé los niveles a la normalidad.

A pesar de las advertencias del profesor, me había apresurado demasiado, cometiendo un grave error: no incrementé mi capacidad de procesamiento.

A las pocas semanas logré conseguir, en el mercado negro, un procesador que estaba siendo desarrollado para robots industriales que controlaban millones de procesos simultáneamente.

Esta vez decidí irme a una playa solitaria. Me senté descalz@ en una silla, mirando hacia la costa; puse mi computador en una mesa a un costado; ajusté los controles de procesamiento de mis receptores sensoriales.

Este nuevo viaje casi me costaría la vida.

El cielo cambió de color. El sol mostraba con claridad su maravillosa corona violácea. Estaba captando la zona de frecuencia más allá de la radiación UV. Pronto pude ver los huesos de mis manos: ya estaba en la zona de rayos X. Mis pies se calentaban y enfriaban alternadamente. No escuchaba el ruido de las olas al reventar; estaba todo muy silencioso. Sentí un creciente vacío en mi estómago y sequedad en mi garganta y labios. Abrí los ojos, estaba oscuro. Estiré mi brazo para alcanzar un recipiente de concentrado energético que había traído, pero desapareció; no lo vi caer, sólo lo vi en el piso. Enseguida amaneció; el sol bajaba rápidamente. Oscurecía, luego aclaraba. Días y noches se alternaban en un abrir y cerrar de ojos. Estaba absolutamente desorientado. Mi reloj indicaba que habían pasado varios días, pero a mí me parecían segundos. Quise pararme; estaba débil, mis músculos entumecidos, las piernas adormecidas. Me pasé la mano por el pelo, estaba grasoso y lleno de arena. Intenté caminar y me dolieron las piernas, me tambaleé y caí. Quedé boca

arriba, mirando el cielo: las estrellas aparecían y desaparecían; no había aves en el cielo, cuando allí siempre las hay; no las veía, debían moverse demasiado aprisa como para que alcanzara a verlas. El procesador estaba defectuoso. Debía apresurarme. Con cada uno de mis pensamientos, transcurrían días completos y mi cuerpo se debilitaba por la falta de nutrientes. Mi vejiga iba a explotar. Fue entonces que comencé a pensar en lo inútil de ese cuerpo orgánico. Hubiera sido mejor uno de los tradicionales y más económicos cuerpos sintéticos de metal y plástico de los robots industriales, en lugar de ese cuerpo orgánico que era bastante limitante, aunque fuera considerado de una clase superior; ¿de qué me servían ahora sus capacidades auto-regenerativas? Pronto caería muert@ de sed y hambre. Intenté alcanzar el computador para ajustar los controles y volver a la normalidad; finalmente lo logré: el sol se detuvo en el cielo y volvió a su color normal. Toda esa experiencia que para mí había durado minutos, en realidad fue de muchos días. Estaba extenuad@. Bebí el líquido energético y me fui de allí, jurando nunca más volver a experimentar conmigo mism@.

No se requirió mucho tiempo para romper aquel juramento. Hice varios ajustes en mi cerebro y me aseguré de instalar un procesador que funcionara en óptimas condiciones. Volví a la misma playa solitaria. Esta vez me quedaría en una cabaña que se encontraba en un bosquecito cercano. Tomé todas las precauciones.

Lo que vería entonces, en mi tercer viaje misterioso, sería aún más increíble.

Al principio nada sucedió; el sol seguía fijo en el cielo. Miré mi reloj: no se movía; vi el reloj del computador: estaba detenido; lo configuré para que mostrara las décimas de segundo: nada; centésimas: nada; milésimas: nada; millonésimas: al fin percibí movimiento. Cada segundo mío era como una millonésima de segundo en el computador. Observé el entorno; los colores eran muy extraños; apareció una nueva e irreconocible gama. Estaba en la zona del infrarrojo; podía distinguir fácilmente los mamíferos, por el calor que desprendían. Escuché los sonidos muy agudos que sólo captan algunos animales. Sentí que percibía frecuencias de rango cada vez más alto. Intenté moverme: mi cuerpo era torpe y pesado, no acompañaba la rapidez de mi pensamiento, pues estaba diseñado para otras velocidades. Decidí salir a dar un paseo, a pesar de mis rígidos movimientos: me sentí como un astronauta paralítico en un planeta de mucha gravedad. Afuera, en el bosque, todo parecía inmóvil. Era como pasear en una película detenida. Vi una rojiza liebre inmóvil, unas aves congeladas en el cielo, un picaflor que batía sus alas lentamente, unos zancudos desplazándose como si fueran lentísimos gusanos. Bajé caminando hacia la playa: las gaviotas en el cielo parecían pintadas; el mar inmóvil, sin ese color blanco de las olas cuando revientan. Decidí regresar a la cabaña en el bosque. Al llegar, me sentí muy acalorado, a pesar de que no era un día caluroso; la transpiración comenzó a aparecer en mi nuca y frente. Abrí la llave para beber y calmar mi sed: salía agua infinitamente lenta, como si fuera pintura de un pomo seco. Volví a salir al bosque. Había una forma extraña allí; se movía con naturalidad, cuando debía estar inmóvil; parecía humana... pero no podía ser; sentí que alucinaba.

-¿Por qué me puedes ver? -me preguntó ese extraño ser.

Eso era imposible. No pude decir nada: mi lengua estaba pegada.

-Te mueves casi tan lento como los otros robots orgánicos, pero a diferencia de ellos tú me ves y escuchas.

Seguía aterrada; me quedé allí; pensé en lo inútil de escapar, con mis movimientos tan torpes. Estuve un rato congelada hasta que me armé de valor; tomé una varilla y escribí algo en el piso, lo que me tomó una eternidad con mis manos lisiadas.

-¿Eres humano? -escribí.

-No. No lo soy –respondió sin siquiera leer lo que había escrito.

-¿Eres un extraterrestre?

-Algunos nos han llamado así, otros nos han llamado espíritus o fantasmas, dependiendo de la cultura que nos encuentre. Sólo somos seres hechos de una energía que vibra millones de veces más rápido que la de ustedes, eso es todo.

-¿Por eso no los podemos ver ni escuchar?

-Sí. Los ojos humanos sólo captan un rango limitado de vibraciones y los movimientos muy rápidos son simplemente imperceptibles. Pero los seres de alta vibración podemos ver a los de baja vibración.

-¿Y hay muchos como tú?

-Hay toda una comunidad viviendo en esta frecuencia. Muy pocos nos han visto; sólo aquellos que lograron un estado mental con la vibración adecuada. Eso ocurrió hace miles de años terrestres, en los tiempos de los homo sapiens más antiguos.

-¿Vienen de otro planeta?

-Esa no es una pregunta adecuada. Hay tantos seres lentos, como ustedes, como seres rápidos en este universo; aunque no estamos confinados a ningún planeta, pues nuestros cuerpos no deforman el espacio-tiempo, por lo que no están sometidos a la gravedad.

-¿Puedes mostrarme tu mundo?

Me hizo una seña y entonces lo acompañé.

Para comunicarse entre ellos usaban algo similar a la telepatía, emitiendo una especie de ondas cerebrales en una vibración que no captan los humanos: la frecuencia Omega. No necesitaban cuerdas vocales, simplemente el receptor podía captar directamente lo que pensaba el emisor; tal como con la visión infrarroja podía distinguir los cuerpos que desprenden calor, que no es más que ver las moléculas que vibran más rápido.

Pasaba cada vez más tiempo con ellos, primero días, luego meses, pero cada vez que volvía a mi frecuencia vibratoria normal era como si hubiera estado ausente sólo unos instantes.

Su mundo me fascinó: no vivían sólo para producir eficientemente como nosotros los humanos y eso me hacía sentir muy atraída hacia ellos.

Como mi cuerpo orgánico no funcionaba bien en su mundo, lo cambié por uno sintético, diseñado para desplazamientos de alta velocidad. Si bien ya no percibí sensaciones de cansancio, de todas maneras resultaba bastante lento.

-No puedes seguir viviendo así entre nosotros –me dijo un día-. No es sólo tu cuerpo denso el que te restringe. También lo hace tu cerebro, que actúa como si fuera una válvula reguladora que limita el flujo del conocimiento infinito. Lo que has hecho hasta ahora con tu cerebro para forzarlo a ver nuestro mundo, es como ajustar un poco esa válvula. Debes evolucionar. Es parte de la esencia de la vida evolucionar hacia frecuencias vibratorias más altas.

-¿Pero cómo lo puedo hacer?

-Deberás transmutar tu mente desde su vibración humana a la nuestra. Tendrás que renunciar a tu cuerpo denso, dejando de percibir el mundo externo a través de los cinco sentidos. Pero no vivirás por ello aislad@ e ignorante del resto del mundo. Por el contrario, te sentirás íntimamente vinculad@ y su conocimiento te será revelado en forma directa, sin necesidad de dosificación. Simplemente lo verás.

Podía reemplazar cualquier parte de este cuerpo denso, incluso mi cerebro, por otra, como ya lo había hecho, y perpetuar de este modo mi existencia hasta la eternidad. Transmutarme a la vibración Omega sería distinto. No me sometería a la gravedad; ni me confinaría a este espacio-tiempo. Mi conocimiento del universo sería directo. Era la ansiada salida de esta cárcel cibernética, después de siglos de vivir atrapado en ella, en su robótica rutina de producción y consumo sin sentido. Me sentía preparad@ para escapar de este mundo.

Les dije que quería convertirme en un@ de ellos. Eligieron el mediodía del solsticio de verano para mi transmutación.

Así fue como llegué hasta aquí. Ya he transferido mi memoria al mundo Omega: mi programación ha sido copiada, mis archivos respaldados. Mi conciencia está emergiendo en este nuevo mundo... ¡Es todo tan claro ahora, como si me hubieran sacado una venda que cubría mis ojos! Me alejo de mi antiguo cuerpo, denso, lento, oscuro. Me envuelve un mar de energía y me hace parte de él, purificándome, como si fuera una gota de tinta que cae en el agua infinita, disolviéndome hasta volverme indistinguible del resto. Me siento etére@, veloz, fluctuante, luminos@. El sol está muy cerca. Me atrae, soy parte de él. Todo es parte de él... y de Ellos... ¡He nacido al mundo Omega!